REINAR DESPUES DE MORIR

Luis Velez De Guevara

PQ
6496
R3
1919

STORAGE-ITEM
LPC

LPA-D46A
U.B.C. LIBRARY

U.B.C. LIBRARIES

REINAR DESPUÉS DE MORIR

COMEDIA FAMOSA

EN TRES JORNADAS

ORIGINAL DE

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA

REFUNDIDA POR

Francisco Fernández Villegas

Representada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 28 de Octubre de 1902

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE M. NÚÑEZ SAMPER
Martín de los Heros, 13

1919

REINAR DESPUÉS DE MORIR

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

REINAR DESPUES DE MORIR

COMEDIA FAMOSA

EN TRES JORNADAS

ORIGINAL DE

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA

REFUNDIDA POR

Francisco Fernández Villegas

Representada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 28 de Octubre de 1902

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE M. NÚÑEZ SAMPER
Martín de los Heros, 13

1919

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EL REY DON ALONSO DE PORTUGAL	Sr. Cirera.
EL PRÍNCIPE DON PEDRO.	Díaz de Mendoza (
BRITO, criado.....	Díaz.
DOÑA BLANCA, infanta de Navarra..	Sra. Martínez.
DOÑA INÉS DE CASTRO, dama.....	Guerrero.
VIOLANTE, criada.....	Srta. Cancio.
EL CONDESTABLE DE PORTUGAL...	Sr. Ruiz Tatay.
NUÑO DE ALMEIDA.....	Robles.
EGAS COELLO.....	Soriano.
ALVAR GONZÁLEZ.....	Juste.
ALONSO.....	Niños.
DIONÍS.....	Niños.
MÚSICO 1.º.....	Bull.
MÚSICO 2.º.....	Manchón.

Músicos, cazadores, pajes, pueblo y acompañamiento.

La escena en Portugal (Santarém y cercanías de Coimbra).—
acción en la primera mitad del siglo XIV

ACTO PRIMERO

Cámara del Palacio Real en Santarém. La decoración y muebles de estilo gótico. Varios pajes rodean al príncipe don Pedro sirviéndole de vestir. Varios músicos cantan.

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO, MÚSICOS y PAJES

MÚSICOS (Cantando.)
«Pastores del Manzanares,
»yo me muero por Inés;
»cortesana en el aseo,
»labradora en guardar fe.»

PRÍN. Parece que el trovador
que esa letra hubo de hacer,
quiso grabar en el alma
eterno el nombre de Inés.
Volved, volved por mi vida
á repetir otra vez
tan bella canción; cantad,
que con gozo la escuché.
(Los músicos repiten la anterior estrofa. Mientras cantan, los Pajes ciñen la espada á don Pedro, presentándole la gorra y la capa.)
No es mucho que los pastores
que tanta hermosura ven,
celebren en sus cantares

los encantos de mi Inés,
que todo lo que ella mira
cobra al verla nuevo ser.
Siempre que llega al Mondego
las aves ante sus pies,
parece que se apresuran
á darle de su amor fe;
las plantas de su deidad
reciben fruto; no hay mes
que en viéndola no sea Mayo,
no hay flor que á su rosicler
no tribute vasallaje;
y si esto es verdad, si es
el dueño de aves y plantas
y de todo cuanto ve
el cielo, yo no la adulo
su rendido esclavo al ser.
Esclavo soy de su amor
y á voces repetiré:
«Pastores del Manzanares,
»yo me muero por Inés;
»cortesana en el aseo,
»labradora en guardar fe.»

ESCENA II

DICHOS y BRITO, de camino.

BRITO Dele vuestra alteza á Brito,
Príncipe, á besar los pies.
PRÍN. Brito, bien venido seas.
¿Cómo dejas á mi bien?
BRITO Permite que aliente un poco
y luego te lo diré,
pues pienso que aun no he llegado;
que un rocín de Lucifer
me trae sin tripas, que todas
se me han subido á la nuez
á hacer gárgaras con ellas,
sin lo que toca al borrén
que de ruedas de salmón
me ha puesto...
PRÍN. Calla, no des

suspensión á mi cuidado;
sino dime, ¿cómo fué
tu viaje? Cuéntalo, Brito,
que ya deseo saber
nuevas de mi hermosa prenda;
habla, Brito.

BRITO Así lo haré.
Mas sólo para tu alteza
mi relato habrá de ser.

PRÍN. Despejad... A esos cantores
y á esos músicos les den
cuando no por forasteros
porque han celebrado á Inés,
mil escudos; id con Dios.

MÚS. 1.º El cielo, señor, os dé
un siglo de vida. Vamos.

MÚS. 2.º Bueno y generoso es.

MÚS. 1.º No es señor quien señor nace,
sino quien lo sabe ser.
(Vanse los Músicos y Criados.)

ESCENA III

PRÍNCIPE y BRITO

PRÍN. Ya, Brito, quedamos solos.
Dime, ¿cómo queda Inés?
¿Cómo la dejaste, Brito?
Responde presto...

BRITO A perder
el sentido á cada instante
que entre sus brazos no estés.

PRÍN. ¿Y Alonso y Dionís?

BRITO El uno
es jazmín y otro clavel,
y cada cual es retrato
de los dos.

PRÍN. Has dicho bien:
prosigue, prosigue, Brito.

BRITO Oye, y te la pintaré,
si de tanta beldad puede
ser una lengua pincel.

Llegué á Coimbra apenas
cuando el sol alumbraba sus almenas.
Guié los pasos luego
á la quinta «Narciso de Mondego»,
donde tu dueño mora
palacio, por ser de ella, de la aurora.
Que aun no he llegado, creo,
piso el umbral y en el zaguán me apeo.

PRÍN. Tus razones acorta,
y dime, Brito, sólo lo que importa.

BRITO Si poco á poco todo... te refiero,
es porque considero
que gustan los amantes
que les vayan contando por instantes,
por puntos, por momentos,
las dichas de sus altos pensamientos;
que brevemente dichas,
no les parece que parecen dichas.
Al fin al cuarto llego,
sin alentar, alborozado, y luego
á las cerradas puertas,
sólo á tu amor eternamente abiertas.
Dos veces toco en vano,
que en este oriente aun era muy temprano,
si bien tu hermoso dueño,
rendida á su cuidado más que al sueño,
voces dió á las criadas,
que dormían, sin duda, descuidadas.
Perdóneme, Violante,
á quien más debe el sueño que su amante;
mas yo, como es mi vida,
más la quiero en la cama que vestida.

PRÍN. Pasa, Brito, adelante,
y con mi amor no mezcles á Violante,
ni burles con mis veras,
que espero nuevas de mi amor.

BRITO Esperas,
Príncipe, con razón, porque he cumplido,
como luego verás, mi cometido.
Sin reparo ninguno,
corro los aposentos uno á uno,
y no paro hasta donde
está la esfera que tu sol esconde;
entro al fin sin sentido,

y en el dorado tálamo que ha sido
teatro venturoso,
más de tu amor que del común reposo,
entre albos linos, la contemplo bella,
como entre nubes matutina estrella;
destrenzado el cabello,
tus dos hijos asidos á su cuello,
como penden opimos
de la frondosa vid rubios racimos.
Ella amor ostentando,
aunque de honestidad indicios dando,
á la nieve divina
de púrpura corriendo otra cortina,
más encendida aurora,
sobre las almohadas se incorpora,
y, ya como embarazos,
deja á Dionís y Alonso de los brazos,
que de sentido ajenos,
favores y ternezas no echan menos;
y con ansia infinita,
antes que una palabra me permita,
me dijo: ¿cómo dejas
á Pedro, Brito? y con celosas quejas,
prosiguió—con sus quejas más hermosa;
que está más bella la mujer celosa,
pues han dado los celos
hasta el color que visten á los cielos,—
tu tardanza culpando
en Santarém, con doña Blanca, cuando
tu padre, don Alonso, la ha traído
para tu esposa.

PRÍN. Perderé el sentido,
Brito, si Inés no fía
todo su amor á toda el alma mía.

BRITO Oiga tu alteza y sigo con mi cuento.
Dime, Brito—me dijo,—¿es muy bizarra
doña Blanca la infanta de Navarra,
de Pedro nueva empresa
que viene á ser de Portugal princesa?
Yo la respondo entonces,
haciéndome de pencas y de gonces:
«Aunque Blanca no es fea,
es contigo muy poca su tarea.»
En esto dispertaron

Dionís y Alonso, y juntos preguntaron
á una voz por su padre.
Enterneciose oyéndolos la madre;
sus ojos se nublaron,
y en tropel gruesas lágrimas brotaron,
que si llegas á verlas
te juro que tomáraslas por perlas,
reflejando unas luces tan hermosas
que de perlas se hacían mariposas.
Calmando sus recelos,
díle tu carta y serenó sus cielos.
Tomó el pliego y besóle
y tres ó cuatro veces repasóle.
Pidió la escribanía,
volvió otra vez á perturbarse el día;
los cielos se cubrieron,
á la tinta las lágrimas suplieron,
y mientras escribía
un alma en cada lágrima cabía.
Cerró, llorando, el pliego,
sellóle, despachóme, partí luego,
otra vez por la posta,
pareciéndome el mundo senda angosta,
y con el... ¡fuera! ¡aparta!
entré por Santarém, y esta es su carta.

PRÍN. Toma esta cadena, Brito,
en tanto que á besar llego
los reglones de este pliego
que Inés con su llanto ha escrito.

PAJE (Anunciando.)
¡El Rey!

PRÍN. ¿Mi padre?

BRITO Señor,
el mismo.

PRÍN. Yo guardaré
el pliego.

BRITO (Aparte.)
A guardar iré
mi cadena, que es mejor.

ESCENA IV

DICHOS y el REY DON ALONSO

REY ¡Pedro!
PRÍN. Señor, ¿qué queréis?
¿Vos aquí?
REY No hay que admiraros
de que venga yo á buscaros
puesto que vos no lo hacéis.
Quisiera hablaros despacio.
PRÍN. (Aparte.)
(Hoy corre mi amor fortuna.)
REY (A Brito.)
¿Quién sois vos?
BRITO Señor, soy una
sabandija de Palacio.
REY ¿De qué al Príncipe servís?
BRITO De mozo fidalgo.
REY Bien.
¿De camino estáis también?
BRITO Soy su maza.
REY ¿Qué decís?
BRITO Que voy siempre con su alteza
á donde quiera que va.
REY Y aun donde no va.
BRITO Eso es ya
maliciosa sutileza.
REY Algo desembarazado
sois.
BRITO Sí, señor poderoso,
que en Palacio, al vergonzoso,
siempre el refrán ha culpado.
REY ¿Cómo os llamáis?
BRITO Brito.
REY ¿Vos
sois Brito? Pues harto sé
que hombre sois de mucha fe.
BRITO Eso sí, señor, por Dios,
porque con ella he servido
á su alteza y con lealtad
inquebrantable.
PRÍN. Verdad.

Es Brito muy entendido;
con razón le estimo y quiero,
téngole notable amor

REY Para que le hagáis favor
no habrá menester tercero,
que en esto debe tener
gran maña y agilidad.

BRITO (Con respeto pero con energía.)
Mintió á vuestra majestad
quien fué de ese parecer;
que á su alteza no le han dado
tan pocas dotes los cielos,
que haya menester anzuelos
en el ardid de un criado.
No me ha menester á mí
para ninguna facción,
porque los méritos son
siempre terceros de sí.
Además, con mi señor
jamás la injusticia rige,
y de Brito nunca exige
cosa contraria al honor...
Vuestra majestad real
perdone estas baratijas,
porque hasta en las sabandijas
la defensa es natural.

REY Rayana en procacidad
es, Brito, vuestra franqueza.

BRITO Perdóneme Vuestra Alteza
si algo dije...

REY Despejad. (Inclínase Brito y vase.)

ESCENA V

EL PRÍNCIPE y el REY

REY Pedro, los que hemos nacido
reyes, debemos también
mirar el ajeno bien
más que el propio.

PRÍN. Siempre ha sido,
padre y señor, condición
esa de tu majestad.
¿Qué me mandas?

REY Escuchad.

Veréis que tengo razón.
Yo he concertado en Navarra
con la Infanta, que Dios guarde,
vuestras bodas; y en Lisboa
se han hecho fiestas, y tales
que todos nuestros fidalgos
procuraron presentarse,
dando muestras con su afecto
de ser nobles y leales.
Llegó la Infanta después,
y he reparado que sale
á vuestro rostro un disgusto
que os divierte de lo afable,
y os retira de lo alegre,
y sólo pueden llevarse
con calma tales extremos
donde hay mucho amor de padre.
Ni como cortés siquiera,
no ya como fino amante,
habéis traspasado nunca
de su estancia los umbrales.
Doña Blanca disimula,
y aunque su despecho calle,
es mujer, y las mujeres
no sufren esos desaires.
Hacedme gusto de verla
con amoroso semblante.
Príncipe, desenojadla,
que doña Blanca no halle
cuando con vos tanto gana,
el perderse en el ganarse.
Yo os lo ruego como amigo,
os lo pido como padre,
os lo mando como Rey...
No déis lugar á enojarme.

PRÍN. (Aparte.)
¡Ay, Inés, cómo por tí
loco rendido y amante,
ni admito la corrección
ni hay ventura que me cuadre!

REY ¿Qué decís?

PRÍN. Digo, señor,
que mal puedo contestarte
cuando cumplir tu mandato

es imposible tan grande
como dividir el alma
partiéndola en dos mitades.
Tirana es la ley de amor.

REY — La razón de Estado es antes.

PRÍN. — Cuando trataste mis bodas,
¿acaso me consultaste?

REY — A los príncipes obliga
más la obediencia que á nadie.

PRÍN. — ¡Señor!

REY — Cumplir es forzoso
lo que os ordeno.

PRÍN. — Escuchadme.

REY — Nada escucho. Ella se acerca.
Prudente sois: esto baste. (Vase el Rey.)

ESCENA VI

EL PRÍNCIPE; luego la INFANTA

PRÍN. — ¡Oh, no temas, amor mío,
que ingrato mi amor te falte!

INF. — Guarde Dios á vuestra alteza.

PRÍN. — ¿Señora?

INF. — ¿Príncipe?

PRÍN. — Dadme
la mano á besar.

INF. — Señor,
deteneos, que no es galante
acción que beséis mi mano
cuando advierto que no sale
ese cortesano afecto
de los extremos de amante.
Yo de esposa os dí palabra
y debéis considerarme
Reina ya de Portugal,
si fuí de Navarra Infante.

PRÍN. — (Aparte.)
(¡Eso no, viviendo Inés!)
(Alto.)
Señora, sólo un instante
os suplico que me déis

audiencia; sentáos y hable
el alma que muda ha estado
hasta poder declararse.

INF. Decid.

PRÍN. Atended.

INF. Ya oigo;
pasad, Príncipe, adelante.

PRÍN. Cuando mi difunta esposa
vino conmigo á casarse,
pasó á Portugal con ella
una dama suya, un ángel,
una deidad castellana.
Perdonadme que la alabe.

INF. Seguid.

PRÍN. Para terminar
la pintura de esta imagen,
basta con nombrarla. Era
doña Inés de Castro... Antes
de que muriera mi esposa
jamás hasta Inés alzáronse
con ansias de amor mis ojos,
pues como esposo constante
á mi legítima esposa
rendíle fiel vasallaje.
Muerta mi esposa, trató
casarme otra vez mi padre
con vuestra alteza, señora,
que el cielo mil siglos guarde,
por ejemplo de hermosura
y dechado de beldades.

INF. Dejáos de linsojas, Príncipe,
que del corazón no salen;
que más que dulces mentiras,
prefiero amargas verdades.

PRÍN. (Aparte.)
(Confusa con mis palabras)
es forzoso que se halle.)

INF. Proseguid.

PRÍN. Muerta ya mi esposa amada,
querida tanto como fué llorada
pasados muchos días de tormento,
difunto el gusto y vivo el sentimiento,
en un jardín, al declinar el día,
mis imaginaciones divertía

mirando cuadros y admirando flores,
archivos de hermosuras y de olores.
Junto á una fuente hermosa
que tenía el remate de una rosa,
y por adorno un fénix de alabastro,
ví á doña Inés de Castro,
que al margen de la fuente su hermosura
contemplaba en el agua limpia y pura,
y olvidado de mí, viendo la muerte
en su deidad, la dije de esta suerte...

INF. No he menester, señor, que me repitas
las amorosas cuitas
con que de amor rendido,
de tu dama halagabas el oído;
que aunque en ciencia de amor no haya [experiencia,
¿quién ignora el lenguaje de esa ciencia?

PRÍN. Decís bien. Desde aquel punto
le entregué á mi Inés el alma;
y girasol de su luz,
atento á sus muchas gracias,
vivo en ella tan unido
debajo de la palabra
y fe de esposo, que amor,
cuando perdido se halla,
para poderse cobrar
se busca entre nuestras ansias.
Tenemos de aqueste logro
de Cupido, de esta llama
del ciego dios, dos infantes,
dos pimpollos ó dos ramas,
tan bellas que es ver dos soles
mirar sus hermosas caras.
Querémonos tan conformes,
son tan una nuestras almas,
que á un arroyo ó fuentecilla
adonde algunas mañanas
sale á recibirme Inés,
todos los de la comarca
llaman por lisonjearnos,
el Penedo de las ansias.
En fin, señora, mi amor
es tan grande, que no hay planta
que para amar no me imite.

no hay árbol que con las ramas
esté tan unido como
lo estoy con mi esposa amada.
Y aunque parezca desaire
á vuestra alteza contarla
mis amores, he pensado
que es mejor para obligarla,
cuando engañada se advierte,
decirlo y desengañarla.

INF. Muchas veces la verdad
en la grosería raya.

PRÍN. Yo, señora...

INF. Basta, digo,
que no es justo que una dama
escuche tales desaires,
ni tolere injurias tantas,
y menos quien sangre lleva
de los reyes de Navarra. (Vase.)

ESCENA VII

EL PRÍNCIPE, luego BRITO

PRÍN. Enojada va conmigo
la princesa doña Blanca,
pero más que el fingimiento
fué noble desengañarla.
¡Brito! (Brito entra.)
Ensilla los caballos.

BRITO Ya enjaezados piafan.

PRÍN. Pues vamos, Brito, do tengo
prisioneras vida y alma.

MUTACIÓN

Jardín de la quinta «Narciso de Mondego». En el fondo izquierda se ven los muros de la quinta. En sitio oportuno, una fuente. Por el fondo la entrada del jardín.

ESCENA VIII

DOÑA INÉS en traje de caza, la acompaña un PAJECILLO, con un azor. VIOLANTE

VIOL. ¿No estás cansada, señora?
INÉS Sí, Violante, y triste estoy
y á reposar aquí voy...
Ya el sol el ocaso dora;
y pues que Pedro no viene,
bajo estas ramas frondosas
sus palabras amorosas
recordaré.
VIOL. Siempre tiene
tu memoria en él cuidado.
INÉS ¿Qué será no haber venido
mi Pedro?
VIOL. Le habrá tenido
el rey, su padre, ocupado.
Desecha ya la tristeza
que te aflije.
INÉS No te asombre
que aunque Pedro es rey, es hombre
y temo olvidos.
VIOL. Su alteza
sólo en tí vive, señora,
sólo tu amor le desvela.
INÉS Como el pensamiento vuela
hizo este discurso ahora.
Violante, advierte mi pena;
que no temo sin razón
ni esta profunda pasión
es bien que la juzgue ajena;
el Príncipe mi señor,
aunque amante le he advertido
se ve, Violante, querido,
y esto aumenta mi temor;

advierte que está delante
contrastando mi fortuna,
una hermosa Venus, una
Blanca de Navarra, infante.
Su padre quiere casarle
aunque casado se ve,
y puede ser que mi fe
llegue, Violante, á cansarle.
Mira tú si mi fortuna
más infeliz puede ser,
que á la más cuerda mujer
se la doy de dos la una.
Llégate, Violante, acá. (Vase el Paje.)

IOL. Descansa, señora, aquí
junto á la fuente.

ÉS ¡Ay de mi!
todo disgusto me da.

IOL. ¿Por qué no cantas señora
para divertir tu pena
una dulce cantinela
que te consuele?

ÉS Sí, ahora.

Cantado.

Todo cuanto existe
me habla de su amor
y el ave y el bosque
la fuente y la flor,
con mágicos ecos
de trémula voz
repiten el nombre
del que es mi señor.

(La actriz puede cantar esta ú otra canción que esté en armonía con la situación del personaje.)

IOL. Parece que se ha dormido;
arrúllela mansamente
el manantial de la fuente
con su apacible ruido;
dejémosla en el beleño
de este reposo. Entre tanto
que da treguas á su llanto,
árboles, guardadla el sueño. (Vase.)

ESCENA IX

INÉS, dormida, el PRÍNCIPE y BRITO

PRÍN. Gracias á Dios, Brito amigo,
que he llegado á ver mi bien.
¿Quién fué más dichoso? ¿Quién
pudo igualarse conmigo?
¿Posible es, Brito, que estoy
donde pueda ver mi esposa,
junto á cuya llama hermosa
siempre mariposa soy?

BRITO Tan posible que llegamos
á la quinta que está enfrente
del Mondego.

PRÍN. Aguarda, tente.

BRITO ¿Has visto algo entre los ramos?

PRÍN. ¿No ves á Inés celestial
que aquí á la vista se ofrece?

BRITO Que está dormida parece
al márgen de aquel cristal
que la fuente vierte; calla,
no la despiertes, señor.

PRÍN. Díselo, Brito, á mi amor.

BRITO ¿Luego piensas despertalla?

PRÍN. Quiero, Brito, y no quisiera,
impedirla descansar.

BRITO Será lástima inquietar
su sosiego.

INÉS (Soñando.) ¡Tente, espera!

PRÍN. ¡Parece que habla!

BRITO Estará,
señor, en sueños hablando.

PRÍN. ¿Qué estará mi bien soñando?

BRITO Contigo el sueño será.

INÉS (Vuelve á hablar como soñando.)
¡Que me mata, tente, aguarda!
¡Alonso, Dionís, Violante!

PRÍN. Deja, Brito, que adelante
pase, porque ya se tarda
mi deseo en ver despierto
mi bello sol.

BRITO Llega, pues.

Pero despertar á Inés
será grande desacierto.

NÉS No me maten tus rigores.
¡Aparta, fiera homicida!
¡Pedro, Pedro de mi vida!
¡Esposo, mi bien! (Despertando.)

RÍN. Amores,
mucho he debido al pesar
que en tí ha ocasionado el sueño,
pues te trajo, hermoso dueño,
en mi pecho á descansar.

NÉS ¡Pedro, señor, dueño amado!

RÍN. ¿Qué tienes, Inés?

NÉS Soñaba
que la vida me quitaba...

RÍN. ¿Quién?

NÉS Un león coronado
y que á mis hijos, ¡ay cielos!
de mis brazos arrancaba
y airado los entregaba
(aun no cesan mis recelos)
á dos fieras que inhumanas,
los apartaron de mí.

RÍN. ¿Eso, Inés, soñaste?

NÉS Sí.

RÍN. ¡Fueron tus angustias vanas!
Desecha, Inés, el dolor,
cóbrate más valerosa,
si bien estás más hermosa
con el susto y el temor.

NÉS ¿Eres mío?

RÍN. Tuyo soy.

NÉS Y tuya mi fe será.

RITO ¿Dónde Violante estará?
A pedirle celos voy.

ESCENA X

INÉS y EL PRÍNCIPE

NÉS Nunca como hoy, dueño mío,
temí de tu amor mudanza,
no porque de tí no fíe,

sino por ser desdichada.
Apenas de nuestra quinta
salí al campo esta mañana,
cuando ví á una tortolilla
que entre los chopos lloraba
su amante esposo perdido;
yo, de verla lastimada,
llegué á temer que mi suerte
me condujese á imitarla.
Ví luego que de una vid
un olmo galán se enlaza,
y envidiosa de sus dichas
también se me turbó el alma;
pues un rudo tronco goza
posesión mejor lograda,
y yo apenas gozo el bien
cuando todo el bien me falta;
y como en la tortolilla
he visto más declaradas
mis sospechas temerosas
y mi desdicha más clara;
¿qué mucho, Pedro, que sueñe
con nuevas penas el alma?

PRÍN. Inés, si el sol en la tierra
como produce las plantas
infundiese en cada flor
una beldad, y llegara
á juntar tantas bellezas
con la de tu hermosa cara
(que es la mayor, dueño mío),
en otra mujer, palabra
te doy que siendo yo tuyo,
en mi corazón no hallara
ni lisonjas, ni cariño,
ni palabras cortesanas,
ni un pequeño ofrecimiento,
ni un afecto en que mostraran
átomos de la afición
con que te adoro; que tanta
fuerza tiene tu hermosura
desde que está retratada
en mi pecho, que tu nombre
es objeto de mis ansias.

ESCENA XI

DICHOS, ALONSO y DIONÍS (Niños). Luego BRITO y VIOLANTE

PRÍN. ¡Hijos, venid á mis brazos,
venid, pedazos del alma!
(Siéntase en un banco. Acaricia á los niños. Inés de pie formando grupo.)
¡Cómo retratan sus ojos (A Inés.)
el candor de tus miradas!

INES En que sean cual su padre
se cifran mis esperanzas.
(Brito y Violante agitados.)

BRITO Señor, señor, oye,

PRÍN. Brito,
¿qué dices?

VIOL. ¿Señora?

INÉS ¡Cielos!
¿Qué es eso? Dilo, Violante.

VIOL. Dilo, Brito, que no puedo.

PRÍN. ¿Qué es lo que os turba? Decid.

BRITO Por la orilla del Mondego
y camino de la quinta,
se descubre gran cortejo.
Sin duda es el Rey, señor.

INÉS ¿El Rey dices?

PRÍN. Vé en un vuelo
y reconoce quién es.

BRITO Como no estaban muy lejos,
á Alvar González he visto
y también á Egas Coello.

PRÍN. Ambos son mis enemigos
y traidores encubiertos.

VIOL. Ya llegan.

INÉS Pues yo me voy
á retirar.

PRÍN. Detenéos,
que estando yo, Inés, aquí,
no hay para qué temer riesgo.

ESCENA XII

DICHOS, EL REY, LA INFANTA, ALVAR GONZÁLEZ, EGAS COELLO, Nobles y Guardias

REY — Esta es la quinta, pasad.
Príncipe.
PRÍN. — Señor, ¿qué es esto?
INF. — (Aparte.)
Ahora empieza mi venganza.
INÉS — (Aparte.)
Ahora comienzan mis celos.
REY — No sé cómo reportarme...
En fin, Príncipe don Pedro,
¿os parece bien que haga
siendo rey tales excesos
de salir para buscaros
fuera de la corte?
INÉS — (Aparte.) (¡Cielos!
Temiendo estoy su rigor;
pero, con todo, yo llego.)
(Alto.)
Deme vuestra majestad
á besar su mano.
REY — (Aparte.) (¿El cielo
mayor belleza ha formado?
¡Es de hermosura un portento!)
(Alto.)
¿Cómo os llamáis?
INÉS — Doña Inés
de Castro.
REY — Alzáos del suelo.
INÉS — Quien á vuestros pies se ve
goza, señor, de su centro,
pues en ellos...
REY — Levantad.
INÉS — Toda mi ventura tengo.
REY — (Aparte.)
(¡Qué honestidad! ¡Qué cordura!)
(Alto.)
¿Quién son estos niños?

PRÍN. Deudos
cercanos míos.
REY Entonces
también míos han de serlo.
¿Cómo se llaman? Decid.
(Aparte.)
(Lindos son por todo extremo.)
INÉS Este Dionís, éste Alonso,
ambos al servicio vuestro.
REY ¿Su abuelo se llama Alonso?
INÉS Tienen muy honrado abuelo.
REY Y muy hermosa y muy noble
madre.
INF. Me ahoga el despecho.
REY Vamos.
INF. ¡A esto el Rey me trae!
Perderé el entendimiento.
REY Venid, Infanta. Partamos.
EGAS (Aparte al Rey.)
Ved que para vuestro reino
este inconveniente es grande.
ALVAR (Aparte al Rey.)
(Y con este impedimento
de doña Inés, doña Blanca
no logrará su deseo
de casar en Portugal...)
EGAS (Aparte al Rey.)
(Y en contra de vuestro reino
quizá airado el de Navarra...)
REY (Aparte á Egas.)
(Ya lo he mirado, Egas Coello,
mas no es ocasión ahora
de salir de tanto empeño.)
INÉS (Presentando á sus hijos.)
Dadles vuestras bendiciones.
REY (Extendiendo las manos sobre los niños.)
Y que los bendiga el cielo.
INÉS Dadme, señor, vuestra mano.
(La besa.)
INF. Mis desdichas voy sintiendo.
REY Adiós, doña Inés.
INÉS Señor,
guarden mil años los cielos
á vuestra real majestad.

REY (Aparte.)
(¡Cuánto con el alma siento
no poder aquí, aunque quiera,
mostrar á Inés mis afectos!)
BRITO Violante, adiós, que me voy.
VIOL. Brito, adiós, que lo deseo.
PRÍN. (Aparte á Inés.)
(Adiós, Inés de mi vida.)
INÉS (Aparte al Príncipe.)
(Adiós, adorado dueño.)
PRÍN. Muerto voy.
INES Quedo sin alma.
PRÍN. ¡Qué desdicha!
INES ¡Qué tormento!
(El Rey, el Príncipe, la Infanta, Ega y Alvar salen. Inés con grande acatamiento los despide.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Antecámara de palacio en Santarém. En el fondo la puerta que conduce á la estancia regia: puertas laterales en segundo término. En el primero, á la derecha, gran ventana ojival; arquitectura y muebles de estilo gótico.

ESCENA PRIMERA

ALVAR GONZÁLEZ y EGAS COELLO junto á la ventana.

ALVAR Decid, aquel caballero
que camina á rienda suelta
hacia palacio, ¿es el Príncipe?
EGAS El es, que hacia aquí endereza
los pasos de su caballo.
ALVAR Mal don Pedro se aconseja.
Cegado por sus amores,
á doña Blanca desprecia;
las órdenes de su padre
desatiende, y con funesta
obstinación, sólo cuida
de gozar de su manceba
los brazos.
EGAS Según se dice,
aún más fuerte es la cadena
que al Príncipe y doña Inés
une. La gente sospecha
que están casados, y así,

aunque el Rey Alonso quiera
á doña Blanca y don Pedro
casar, en vano lo intenta;
que sólo la muerte rompe
lazos que anuda la Iglesia.

ALVAR Decís bien, sólo la muerte...

EGAS Silencio, que el Rey se acerca.

ESCENA II

DICHOS y el REY

ALVAR ¡Señor! (Inclinándose.)

EGAS (Idem.) Ante vuestras plantas...

REY ¿Vino el Príncipe?

EGAS Su alteza
ha poco que entró en palacio;
desde la ventana esa
le vimos llegar; venía
del lado de la ribera
del Mondego...

REY (Aparte.) ¡De la quinta
de Inés sin duda! (Alto.) Ved, Egas,
á doña Blanca, y decidle
que á esta parte el Rey la espera...
Sálid vos también, don Alvar,
hasta que os llame. (Vanse Alvar y Egas.)
Si intenta
desobedecerme Pedro,
y si su pasión violenta
le arrastrare á desairar
á la Infanta, aunque padezca
mi corazón, he de dar
de rigor terrible muestra.

ESCENA III

EL REY y LA INFANTA

INF. ¿Me llamáis, señor?

REY Infanta,
tengo que hablaros... oid.

INF. Rendida escucho, decid
que es para mí merced tanta
que así me honréis...

REY Blanca hermosa;
tanto os estimo y venero,
tanto, bella Infanta, os quiero,
que fuera imposible cosa
la acción que para asistiros
no emprendiera; y este amor,
hijo de vuestro valor,
me obliga siempre á serviros,
con tal modo, afecto tal,
que en lo discreta y bizarra
dudo si sois en Navarra
nacida ó en Portugal.

INF. Con tanto favor tratáis
mi fe, que ciega os adora,
que confusa el alma ignora
el modo con que me honráis;
pero advierte mi cuidado,
viendo estos extremos dos,
que me habéis querido vos
hablar, como preocupado
y advertido del rigor
que el Príncipe usa conmigo,
y como padre y amigo
me mostráis en vos su amor.

REY ¿En qué estaba divertida,
hija mía, vuestra alteza?

INF. Sólo en pensar la presteza,
gran señor, de mi partida.

REY ¿Cómo con tal brevedad,
Infanta, os queréis partir?

INF. Eso he venido á decir;
oiga vuestra majestad.
Ha poco, que de Navarra,
con el Príncipe á casarme
llegué con el alma llena
de amor y esperanzas grandes.
Salió vuestra majestad
á recibirme y honrarme,
mas no don Pedro.

REY Descuido
de mozo fué, no de amante.

INF. Fuera descuido ó cuidado,
aquello, señor, fué parte
para empezar recelosa
todo el alma á alborotarse.
Cuatro veces murió el sol
en los brazos de la tarde,
primero que de su cuarto
fuera al mío á visitarme;
si fué agravio á mi decoro,
júzguelo quien de amor sabe.

REY A veces, la timidez
forma tiene de desaire.

INF. No fué timidez, señor,
que como llegara á hablarle,
tales palabras me dijo
que forzoso es que las calle,
porque al recordarlas siento
el sonrojo en el semblante,
y... perdonad que los celos
lleguen á precipitarme,
y el corazón á los labios
se asome para quejarse...
Sufridas muchas injurias,
que es bien que en silencio pase,
á una quinta del Mondego
fuí porque vos me llevásteis,
y volví más despreciada
que me había visto antes,
pues se siente más la ofensa
cuando en presencia se hace
de quien mirando el desprecio,
pudiera vanagloriarse.

REY No fué, Blanca, mi intención
aumentar vuestros pesares:
si á la quinta fuí...

INF. No dudo,
señor, de vuestras bondades;
pero con ellas y todo,
tengo resuelto alejarme
para siempre de este reino...
y al Príncipe, como padre
decid que yo le perdono
y que mire cuando agravie,
que no todas como yo

podrán desapasionarse.
Este pliego es á mi hermano
donde le pido que mande
por mí, callando prudente
lo que ha podido obligarme.
Con mi partida, señor,
pongo fin á mis pesares,
principio al gusto de Inés,
y medio para que trate
el Príncipe de sus bodas
sin que yo pueda estorbarle,
que aunque casado está ya...

REY ¿Casado decís?

INF. Delante
de mí lo dijo; así, pues,
su casamiento declare,
que son aumentos del gusto
saber que todos lo saben.

REY ¿Partirse así vuestra alteza?
No será sin que yo antes...

INF. Vuestra majestad no intente
que yo mi partida aplace,
porque el detenerme fuera
algo así como obligarme
á que rompiendo el respeto
quien soy, señor, olvidase.
No detenerme es cordura,
y pues llegué á declararme,
todo lo tengo pensado.
(Voy muriendo.) El cielo os guarde.
(Medio mutis.)

REY Oid, Infanta.

INF. Alonso invicto,
vuestros mandatos reales
venero; pero resuelta
de Portugal á alejarme
estoy. Volveré á mi patria,
de donde ofertas falaces
me sacaron... Perdonad
que de esta manera os hable. (Mutis.)

ESCENA IV

EL REY. Luego ALVAR GONZÁLEZ y EGAS COELLO

REY (Llamando.)
¡Alvar González, Coello!
(Alvar y Egas acuden.)
Don Alvar, es importante
impedir que doña Blanca
abandone estos lugares.
Aseguradle que el Príncipe
será su esposo. Afirmadle
que mi palabra real
no ha de desmentirla nadie,
aunque fuere necesario
verter inocente sangre.
Id, don Alvar.
ALVAR Obedezco. (Vase.)
EGAS Señor, el Príncipe sale.
REY (Aparte.)
(No sé cómo de mi enojo
podrá don Pedro librarse.
¡Que así se porte mi hijo!
Irme quiero sin hablarle,
porque si le hablo sospecho
que no podré reportarme.)

ESCENA V

DICHOS, el PRÍNCIPE

PRÍN. ¡Señor, vuestra majestad
conmigo airado el semblante!
¿La espalda volvéis, señor,
á vuestra hechura?
REY ... Dejadme,
PRÍN. Considera, padre mío,
que mi culpa no es tan grande
que tus rigores merezca.
REY Como rey y como padre
me ha faltado tu respeto.

secretamente casándote
con la que fué tu manceba.

PRÍN. Te pido que no la agravies.
Antes que fuese mi esposa
tan pura era como un ángel.

REY No era su sangre real.

PRÍN. La ley del amor me vale.
Amar á quien tanto me ama,
¿en qué sin razón os hace?
¿No la vísteis vos, señor?
¿En su divino semblante
no leísteis de su alma
las virtudes y bondades?
¿Vuestro noble corazón
de ternura penetrándose,
no se conmovió al oirla
como esposa y como madre?
Sí, pues yo ví en vuestros ojos
de las lágrimas señales.
¿Qué me decís?

REY (Vacilando.) ¡Yo!

EGAS (Al Rey.) Ante todo,
vuestra majestad repare
que empeñó su real palabra,
y que el Navarro, con grave
causa ofendido, la guerra
probable es que nos declare.

REY ¡Es verdad!

EGAS Y que los Castros,
que en Castilla tantos males
causaron, en Portugal,
de doña Inés amparándose,
no es imposíble que alienten
temibles parcialidades.

PRÍN. ¿Quién os mete á vos en eso?

EGAS Mi lealtad.

PRÍN. Los que entre un padre
y un hijo encienden querellas,
traidores son, no leales.

EGAS De Portugal en defensa
vertí mil veces mi sangre.

PRÍN. Quizás vertísteis la buena
y conservásteis la infame.

EGAS ¿A mí tal insulto?

PRÍN. A vos;
y si quien soy no mirase
por mi mano os castigara.
REY ¡Ante mí, palabras tales!
PRÍN. Príncipe soy.
REY Soy el Rey...
Egas Coello, esta tarde
llevadle preso al castillo,
que justo será que pague
desobediencias que son
causa de males tan grandes.
PRÍN. ¿Así me tratáis?
REY Es justo:
y ya con lo dicho baste
Ahora veréis si es mejor
obedecer ó enojarme.
(Vase.)

ESCENA VI

EGAS COELLO y EL PRÍNCIPE

PRÍN. Satisfecho estaréis. Voy
preso por vos.
EGAS Es así.
Lo ha mandado el Rey; á mí,
que noble criado soy,
me toca el obedecer.
PRÍN. Y obedecéis de buen grado.
EGAS Siempre goza el que es honrado,
en cumplir con su deber.
PRÍN. ¡A vos mi custodia fía!
EGAS Así es forzoso el hacello.
PRÍN. Si ahora anochece, Coello,
mañana será otro dia.
EGAS En cualquier aurora es
mi lealtad muy de español.
PRÍN. Mil cosas fomenta el sol
que las deshace después.
EGAS Yo sé que llego á servir
al Rey con fe verdadera,
y así muera cuando muera,
le serviré hasta morir.

PRÍN. Está bien, podeis guiar;
mas bueno es que no olvidéis
que el príncipe á quien prendéis
ha mañana de reinar.

MUTACIÓN

Bosque á las orillas del Mondego.

ESCENA VII

INÉS y VIOLANTE

INÉS Aquí, lejos de la quinta,
entre estos ramos espesos,
divertiré los pesares
que me atormentan el pecho.
Bajo estas bóvedas verdes
¡cuántas veces con mi dueño
correr ví las puras ondas
del cristalino Mondego!
Hoy parece que al huir
dicen con murmurio ledo,
que para siempre pasaron
aquellos dulces momentos.
VIOL. Desecha melancolías
y fatídicos agüeros.
Piadoso te escuchó el Rey,
y con cariñoso acento
hubo de hablarte.
INÉS Es verdad;
mas ¡ay! Violante, que temo
ver deshecha su ternura
por traidores consejeros.

ESCENA VIII

DICHAS, BRITO

BRITO Esconde, Inés, si es posible
que no será fácil, de esos

peligrosos dulces ojos
los hermosos rayos negros,
esconde por vida tuya,
lo lindo, lo más que bello
de esa cara; que un nublado
no le ha de faltar á un cielo
donde hay tantas pesadumbres.

INÉS ¿Qué dices?

BRITO Vete de presto,
que viene la infanta acá.

INÉS ¡La Infanta aquí!

BRITO Pretendiendo
hallar en esta ribera,
por no perder el trofeo,
una garza, que del aire
hoy ha derribado, entiendo
que ha de llegar.

INÉS Oye, Brito,
¿Garza?

BRITO Sí.

INÉS ¿Y ella la ha muerto?

BRITO Sí, ella ha sido, que á volar
con un escuadrón soberbio
de neblíes salió armada.

INÉS Escuadrón será de celos,
pues vino á matarme á mí.

BRITO En un alazán soberbio
con la rienda en una mano
y en la otra mano uno de ellos,
por lo arrogante era Palas,
y por lo hermosa era Venus.

INÉS ¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer?
Quiero retirarme, quiero
que no me vea; mas no;
sin duda es mejor acuerdo
esperar y ver si pueden
cortesanos cumplimientos
obligarla.

BRITO Dices bien.

INÉS Dime ahora de mi dueño:
¿Cómo le dejaste, Brito?
¿Tiene el Príncipe don Pedro
salud?

BRITO Aunque de su parte

sólo á visitarte vengo,
para que sepas, señora,
lo que pasa allá de nuevo,
tan solo puedo decirte
que á ver tu hermosura, luego
que anochezca ha de venir.

INÉS ¿Dices verdad, Brito?

BRITO Cierto.

VIOL. La Infanta, señora, llega.

INÉS (Aparte.)
¡Oh, callad, traidores celos!

ESCENA IX

DICHOS: LA INFANTA, ALVAR GONZÁLEZ, EGAS COELLO y CAZADORES. INÉS se retira á un lado hasta que se acerca á la Infanta cuando lo marca el diálogo.

INF. Mucho he sentido perderla.

ALVAR Remontó, señora, el vuelo,
tanto, que ha sido imposible
el hallarla.

INF. El aire creo
que en sí la habrá transformado
para volar más ligero,
pues de ella envidioso pudo
tomar ligereza.

INÉS El cielo
dé á vuestra alteza, señora,
la vida que yo deseo.

INF. (Aparte.)
No me estuviera muy bien.
(Alto.)
Inés, levantad del suelo.
¡Vos aquí!

INÉS Si esta ventura
de hallaros, señora, y veros
por estar aquí he ganado,
decir sin lisonjas puedo
que sólo he sido dichosa
en el instante en que os veo

INF. ¿Cómo estáis?

INÉS Para serviros,
como mi señora y dueño.

INF. (Aparte.)
Parece que está muy triste. (Alto.)
No os aflijáis, que os prometo
que me holgara en gran manera
de poder daros consuelo.
Comprendo que es doloroso,
siendo el amor verdadero,
poner á sus dulces ansias,
doña Inés, forzoso término.
Mas sois discreta; sabéis
que amorosos devaneos
de un Príncipe, en puridad,
no podían ser eternos.

INÉS ¿Qué decís, señora?

INF. Digo,
que ser yo la causa siento
de vuestras penas; mas es
urgente mandato regio
que mis bodas se celebren
con el Príncipe don Pedro.

INÉS Vuestras bodas... ¡Imposible!

INF. No estáis, Inés, en lo cierto.
El Príncipe en Santarém,
como sabéis está preso.

INÉS ¡Preso el Príncipe!

INF. A su padre
con arrebato violento
replicó.

INÉS (Con exaltación.) ¡Oh, amado mío!
por mí llegó á tal exceso,
y ahora en prisiones se ve,
porque bien claro comprendo
que la libertad le cuesta
rechazar el casamiento
con vos.

INF. ¿Qué decís? Victoria
cantáis, doña Inés, muy presto...
Al salir de la prisión
será de mi mano dueño. (Aparte.)
Quiero humillarla, que así,
de mis agravios me vengo.

INÉS (Ya no puedo sufrir más
que fuera de ser desprecio;
con celos nadie ha vivido

cuerda, llegando á tenerlos.
Quiero responderla.

INF. Inés,
suspended un poco el vuelo
con que altiva habéis volado;
reducíos á vuestro centro
y sirvaos de corrección,
de aviso y de claro ejemplo,
que una blanca garza, hija
de la hermosura y del viento,
voló este tarde, y, altiva,
cuando ya llegaba al cielo,
la despedazó en sus garras
un gerifalte soberbio,
indignado de mirar
que á su coronado ceño
desvanecida intentase
competir; esto os advierto,
Inés, no más que de paso...
Ya me entendéis.

INÉS (Aparte.) Yo no puedo
callar más.

ALVAR (A Egas.) Mucho la Infanta
se ha declarado.

EGAS (A Alvar.) Yo temo
alguna desdicha aquí.

INÉS Infanta, con el respeto
que á tanta soberanía
se debe, deciros quiero
que no ajéis de mi nobleza
lo encumbrado con ejemplos.
Yo soy doña Inés de Castro,
y por ley de amor me veo,
si vos de Navarra Infanta,
soberana de este reino:
soberana, sí, que estoy
unida con lazo eterno
con el Príncipe real
de esta corona heredero...
Y siendo esto, Infanta, así,
mirad si mi casamiento
será al vuestro preferido;
siendo conmigo primero.

INF. Que olvidáis quién soy presumo.

INÉS Lo sé para mi tormento.
INF. Son las bodas de los príncipes,
tan sólo entre iguales.
INÉS Pienso
que no sabéis qué es amor.
INF. ¡Doña Inés!
INÉS Amor es ciego.
No se prenda de coronas,
ni de tronos, ni de reinos;
él iguala las cabañas
con los palacios soberbios,
é igual traspasan sus flechas
el sayal que el terciopelo.
Dios de un alma hace dos almas
y las infunde en dos cuerpos
y el amor luego las junta
con vínculos tan estrechos,
que ni es bastante la muerte,
señora, para romperlos.
INF. Basta.
INÉS No penséis, Infanta,
que es profanar el respeto
que os debo, hablaros así,
sino mostraros que intento
representar á mi esposo,
pues si vive él en mi pecho
y nuestras almas son una
é iguales los pensamientos,
con él habláis, no conmigo,
y puesto que soy él, debo
si habláis como doña Blanca,
responder como don Pedro.
INF. ¿De ese modo os atrevéis...?
INÉS A lo que decís contesto.
Perdonad si me he excedido.
ALVAR (A la Infanta.)
¡Que así perdiese el respeto
á tanta soberanía!
INF. Callad. Me mata el despecho.
EGAS El Rey viene aquí.
INF. Mi enojo
he de reprimir.
INÉS (A Violante.) Dejemos
este paraje, Violante,

que el llanto me ahoga y no quiero
que den las lágrimas mías
á doña Blanca contento.
(Vanse Violante é Inés.)

ESCENA X

DOÑA BLANCA, ALVAR, EGAS, EL REY y su acompañamiento.
BRITO

REY — No pensé encontraros, Blanca.
BRITO — (Aparte.)
Voy á decirle á don Pedro
todo cuanto ha sucedido. (Vase.)
REY — Hija mía, ¿qué es aquesto?
¿Cómo ha pasado la tarde
vuestra alteza en el empleo
de la caza?
INF. — Gran señor,
en la falda de ese cerro
guarnecido con la plata
de un cristalino arroyuelo,
descubrimos una garza,
que aunque á las nubes subiendo
perdió la vida, volvió
á vivir, señor, de nuevo;
que no tengo con la garza
ni jurisdicción ni empleo,
después que una garza á mí
me mata con viles celos.
REY — No os entiendo.
INF. — ¡Ay, gran señor!
pues bien podéis entenderlo,
que no es difícil la enigma
ni es el engaño encubierto.
Ahora acaba doña Inés
de decirme que don Pedro
el Príncipe, es ya su esposo,
y aunque él lo dijo primero
no lo creí por juzgar
que pudiera ser incierto;
mas después que doña Inés,

sin decoro y sin respeto,
se atrevió á decirlo aquí,
ha sido fuerza creerlo.

REY ¡Vive Dios, Alvar González,
que el Príncipe loco y ciego
ha de ocasionarme á dar
con su muerte un escarmiento
tan grande, que á Portugal
sirva de futuro ejemplo!
Yo remediaré esta injuria.

INF. Señor, el mejor remedio
es el no buscarle, pues
desde este instante os prometo
olvidar, que sólo olvido
puede ser, si bien lo advierto,
medio para que se acabe
mi enojo, señor, y el vuestro.

REY (A Alvar.)
¿Qué os parece, Alvar González?

ALVAR Señor, si ya todo el reino
espera con alegría
este feliz casamiento,
será grande inconveniente
(tal, señor, es lo que entiendo)
que no llegue á ejecutarse
y así fuera buen acuerdo
apartar á doña Inés
de Portugal.

REY ¿Cómo puedo,
si está casada?

ALVAR Señor,
si acaso este impedimento,
que es el mayor, no se puede
remediar...

REY Dadme un consejo.

ALVAR Me parece que la vida
de Inés...

REY ¿Qué decís?

ALVAR Entiendo...

REY Declaráos, ¿por qué teméis?
Acabad.

ALVAR Tengo por cierto
que peligrara...

REY ¿Por qué?...

ALVAR Señor, porque en solo eso
consistía que pudiese
enlazarse con don Pedro
la Infanta.

INF. Eso no, jamás;
que aunque ofendida me siento,
no han de poder mis agravios
conmigo más que yo puedo.
Viva mil siglos Inés,
que si hoy por ella me veo
humillada, tal desdicha
por mis errores merezco.

REY Vamos á mirar mejor
lo que se ha de hacer en esto.

ALVAR ¿A la ciudad?

REY No, que estoy
cansado y algo indispuesto.
Vamos á la casería,
Alvar González, de Coello.

INF. ¿Está cerca?

EGAS Sí, señora.

REY Disponed, piadoso cielo,
modo para consolarme,
que si esto durase, temo
que me han de acabar la vida,
pesares y sentimientos.

INF. Vamos, señor.

REY Vamos, hija,
dadme la mano, que quiero
ser vuestro escudero yo.

INF. Tanto favor agradezco.

REY ¡Quién viera de aquesta suerte,
Blanca hermosa, á vos y á Pedro!

ESCENA XI

INÉS, PRÍNCIPE, VIOLANTE, BRITO

BRITO Salid que ya se marcharon
el Rey, la Infanta y los nobles.

PRÍN. Cuidé no me descubrieran:
aquí en lo espeso del monte,

descansemos hasta tanto
que se alejan.

BRITO Violante, oye;
apartémonos, que es justo
que se cuenten sus amores
á solas mientras los nuestros
nos decimos.
(Brito y Violante apártanse.)

PRÍN. ¿No conoces
que es imposible engañar,
Inés, tus hermosos soles?
Cese el disgusto, bien mío,
y acaben tus desazones,
no me mates con desdenes,
baste matarme de amores.

INÉS ¡Ay de mí!

PRÍN. ¿Por qué tan triste?
¿Cómo puede ser que borren
nublados de tu disgusto
tus hermosos esplendores?
Habla, Inés, dime tu pena;
¿por qué mi bien no respondes?
Más vale si he de morir,
que me refieran tus voces
la causa por qué me matas.
No es bien que, sintiendo el golpe,
cuando no ignore el morir,
el por qué mi bien ignore.

VIOL. (A Brito.)
¡Ay, Brito! que estoy temiendo
si descubren estos trotes,
que por primer providencia
en una plaza te ahorquen.

BRITO ¡Antes ciegues que tal veas!

INÉS ¡Dueño mío! (Al Príncipe.)

PRÍN. ¿Quién te pone
á tí en tantos desconsuelos
y á mí en tantas confusiones?

INÉS Tu padre...

PRÍN. Dilo.

INES Pretende...

PRÍN. Prosigue, mi amor.

INES Dispone...

PRÍN. ¿Qué te turbas?

INES Que te cases.
PRÍN. Si son esos tus temores,
inadvertida has andado,
pues sabe que en todo el orbe
no he de tener otro dueño.
INES Aunque miro tus acciones,
esposo y señor, dispuestas
á hacerme tantos favores,
es bien adviertas que ya
la fortuna cruel dispone
que te pierda, dueño mío,
y que de tus brazos goce
la Infanta que te previene
tu padre para consorte.
PRÍN. No creyera, bella Inés,
que jamás desconfiaras,
sabiendo que está cautiva
de tu hermosura mi alma.
Enjuga los bellos ojos,
que las perlas que derramas
parecen mal en la tierra,
en tus nácares las guarda,
que no hay en el mundo quien
se atreva, amor, á comprarlas.
Si hiciera rodar mi padre
mi cabeza ante sus plantas;
si la Infanta, que aborrezco,
la vida, Inés, me quitara;
si el mundo entero furioso
en contra mía se alzara,
yo te juro por quien soy,
que de la muerte en las ansias
he de decir que te adoro.
¿Qué es la vida sin tí? Nada.
INES ¿Me amas tanto?
PRÍN. Con locura.
INES ¿Cumplirásme tu palabra?
PRÍN. Digo mil veces que sí.
INES Pues ya mi temor acaba;
amándome tú, ¡qué importa
la cólera de la Infanta,
ni de la corte los odios,
ni del Rey las amenazas!
PRÍN. ¡Oh! Sí, desecha temores
y ten en mí confianza.

INES Díme, ¿cómo has quebrantado
la prisión?
PRÍN. Dando palabra
al alcaide de volver.
INES ¿Luego ahora de mí te apartas?
PRÍN. Es forzoso.
INES No pensé
que la nueva luz del alba
me hallase dando suspiros
por sola y enamorada.
PRÍN. Mi palabra dí; adiós, pues,
volveré á verte mañana.
INES ¡Mañana! ¡Una eternidad
para quien de veras ama!
PRÍN. Adiós, mi Inés.
INES Adiós, Pedro.
No me olvides.
PRÍN. Excusada
es, Inés, esa advertencia.
INES ¿Y si porfía la Infanta?
PRÍN. Aunque la Infanta porfíe.
INES ¿Y si tu padre lo manda?
PRÍN. No puede tener mi padre
jurisdicción en mi alma.
INES ¿Y si el reino se conjura?
PRÍN. Aunque en crueles iras arda.
INES ¡Tanta firmeza!
PRÍN. ¡Soy monte!
INES ¡Tanto amor!
PRÍN. Sólo lo iguala
el tuyo.
INES ¡Tanto valor!
PRÍN. Nadie en valor me aventaja.
INES ¡Tan grande fe!
PRÍN. Sí, que ciego
á tus luces soberanas,
no es menester que te vea
para que te adore.
INES Basta.
¡Cuán grande es mi amor, bien mío!
PRÍN. ¡Quién contigo se quedara!
(Se abrazan. A Brito.)
VIOL. ¿Cuándo he de verte?
BRITO No sé.

Yo soy la sombra que él causa;
si corre, corro tras él,
me paro cuando él se para.
Pero creo que vendré
muy pronto, porque sus plantas
son acero y es imán
la quinta en que Inés le aguarda.

NES ¡Quién se partiera contigo!

RÍN. ¡Muerto voy!

NES ¡Quedo sin alma!

TELÓN

ACTO TERCERO

La parte del parque de la quinta «Narciso de Mondego» contigua al edificio. A la izquierda del actor gran terraza con ancha escalinata.

ESCENA PRIMERA

INÉS, VIOLANTE

INÉS ¿Qué hora es?
VIOL. Las tres han dado.
INÉS Siéntate, Violante, aquí.
(Se sienta en la terraza.)
VIOL. ¿Leiste la glosa?
INÉS Sí;
con ella me he recreado.
VIOL. ¿Sábesla ya?
INÉS Ya la sé.
VIOL. ¿Toda?
INÉS Nada hay que te espante;
mientras estuve, Violante,
en mi cuarto, la estudié.
VIOL. ¿Quieres decirla, señora?
INÉS Sí, Violante, aquesta es.
Atiende.
VIOL. Ya escucho.
INÉS Pues
no te distraigas ahora.

Mi vida aun siendo dolor
no la quiero yo perder,
pues padezco por amor,
y no siento el padecer.
Dichoso y favorecido
me ví, Nise, en un instante,
ahora estoy de tí distante
temeroso de tu olvido;
aunque á prisión reducido
y víctima del rencor
del Rey, mi padre y señor,
no deseo Inés la muerte;
que he de querer por quererte,
mi vida aun siendo dolor.
El alma con que vivía,
se fué á tí cuando pensaba
que en mi pecho la hospedaba
como tuya siendo mía,
y aunque la pérdida vía,
sentí por ello placer,
pues en tí me llegué á ver;
mas á no ser en despojos
Nise, de tus bellos ojos,
no la quiero yo perder.
Gobierno del mundo han sido
voluntad y entendimiento
con que á la razón atento
mientras hombre fuí, he vivido.
Pero después que Cupido
puso en mi pecho este ardor
tenaz y avasallador,
aunque es grande mi tortura,
no quiero á mis males cura
pues padezco por amor.
Cautivo y sin libertad
vivo después que te ví,
y aunque vivo en mí sin mí
rendido á tu voluntad,
espero de tí piedad,
y es tan grande mi querer,
y tan gigante el poder
que á tus plantas me encadena
y mi sentido enajena,
que no siento el padecer.

VIOL. Bella es en verdad la glosa,
y la dices lindamente...
INÉS Dí más bien que tristemente
la he recitado.
VIOL. ¿Qué cosa
te aflige que así suspiras?
¿Qué es lo que causa tu mal?
¿Por qué tan honda tristeza?
INÉS Porque desde ayer está
todo mi sér sin el alma
que le animaba.
VIOL. Cantar
podré, y mis canciones
tus penas aliviarán.
INÉS No cantes, Violante, no,
que es muy grande mi pesar.
¡Mas cielos! ¿qué es lo que veo?
VIOL. ¿Por qué se nubla tu faz?
INÉS Mira, Violante, ¿no ves
allá lejos ondear
entre una nube de polvo
el pendón de Portugal?
Por los campos del Mondego
caballeros veo asomar,
y según he reparado
se van acercando acá.
Armada gente los sigue.
¡Válgame Dios! ¿qué querrán?
¿A quién irán á prender?
que aunque puedo imaginar
que el rigor es contra mí,
tantos hombres no vendrán
á prender á una mujer.
VIOL. ¡Jesús! Señora, callad.
¿Prenderos á vos?
INÉS Es cierto.
¿Por qué, por qué imaginar
en vez de gozos pesares
y en vez de ventura mal?

ESCENA II

DICHAS, BRITO

BRITO — Señora, señora, pronto
ponte en salvo; cerca está
el Rey, que furioso viene
y dispuesto á descargar
contra ti toda su saña.
Sólo la fuga es capaz
de salvarte... Huye... ¡es la muerte
la que te viene á buscar!

VIOL. — ¡Qué horror!

INÉS — ¡La muerte me busca!
¡Oh! Mi Pedro, ¿dónde estás
que á la que tanto te adora
no acudes pronto á salvar?

BRITO — Urge el tiempo; los caballos
franquean el parque ya.
Por la parte de la quinta
que cae al río, escapar
podemos... ¡Pronto!

INÉS — No, Brito.
Sólo huye el que es criminal.
Con mis hijos á las plantas
del Rey me habré de postrar,
y de ellos, que son sus nietos,
y de mí, tendrá piedad.
Venid.

BRITO — ¡Doña Inés!

VIOL. — ¡Señora!

INÉS — Mis quejas le ablandarán.

ESCENA III

REY, ALVAR GONZÁLEZ, EGAS COELLO, NUÑO DE ALMEIDA, CONDESTABLE. Nobles y soldados

REY — Me mata esta pena, Coello,

ALVAR — Señor, vuestra majestad,
por sosegar sus estados

no lo ha podido excusar.
Levanta el navarro tropas
y se agita Portugal.
Fuera amenaza la guerra;
dentro se turba la paz;
¿no es justo por tantas vidas
sólo una sacrificar?

EGAS Señor, aunque en los rigores
á que estás resuelto ya
parece que haya tenido
parte nuestra voluntad,
sabe Dios que á doña Inés
la quisiéramos librar...
Pero todo el reino pide
su vida, y fuerza será
por quitar inconvenientes
dar á doña Inés...

REY Callad.
¡Válgame Dios, trino y uno!
¿Que así se ha de apaciguar
el reino? A fe de quien soy
que el cetro de Portugal
renunciaría, primero
que consentir tal crueldad.
¡Ay de mí!
(Buscando apoyo en el Condestable.)

COND. ¿Qué os da, señor?
Se ha turbado vuestra faz.

ALVAR ¿Enfermo os sentís?

REY Respiro...
Leve congoja no más.
Llamad, Nuño, á doña Inés.
(Vase don Nuño.)
¡Cuán ajena se hallará
de mi rigor, ¡ay don Alvar!
¿Por qué no tener piedad?

ALVAR Peligra vuestra corona

REY Alvar González, callad;
dejadme que me enternezca
si luego me he de mostrar
riguroso y justiciero
con su inocente beldad.

NUÑO Señor, doña Inés se acerca.

REY ¿Cómo poderla librar

de este rigor, de esta pena?...
Mas mi mente intentará
todos los medios posibles.
Vosotros considerad
que yo no soy parte en esto,
y si vuestra mente da
con modo para impedir
que no muera...

EGAS — A imaginar
no acierto...

ALVAR — Yo no le hallo.

COND. — Siempre hay modo en la piedad.

REY — Silencio que ella está aquí.

ESCENA IV

DICHOS, DOÑA INÉS, que con sus hijos cogidos de las manos y seguida de VIOLANTE desciende por la gradería, hincándose luego de rodillas delante del Rey.

INÉS — Vuestra majestad real
me dé sus plantas, señor;
Dionís y Alonso, llegad
y besad la mano al Rey.

REY — (Aparte.)
¡Hermosura singular!
¡Válgate Dios por mujer!
¿Quién te trajo á Portugal?

INÉS — ¿No me respondéis, señor?

REY — Alzad, doña Inés, alzad
y escuchadme. De blanduras
el tiempo ha pasado ya.
Hoy es día de rigores
y justo es el recordar
que el pueblo está alborotado
por vuestra tenacidad
en decir que sois del Príncipe
esposa. Mas remediar
se puede, si vos queréis,
tanto daño, tanto mal...

INÉS — ¿Y cómo, señor?...

REY — Decid
que no os pudísteis casar

con don Pedro; que existiendo
cierta consanguinidad,
aunque remota con él,
queda nulo el esponsal.
Yo entre tanto haré que Roma
llegando á considerar
los muchos y grandes males
que al reino de Portugal
acarrea el casamiento,
lo anule...

INÉS ¡Dios de bondad!
¿Me proponéis que yo misma
haya mi honor de marchar?
Casada estoy con don Pedro;
nuestra unión bendita está;
noble soy y tengo honor.
Esta es, señor, la verdad.

REY Castigo grave merece
quien burla el poder real.

INÉS ¿Y el haber sido yo buena
castiga tu majestad?

REY También el hombre en naciendo,
parece, aunque sin pecar,
atado de pies y manos,
reo de desdichas ya,
y no cometió más culpa
que nacer para llorar.
Vos nacísteis muy hermosa;
esa culpa tenéis más.
(Aparte.)
¡No sé, vive Dios, qué hacer!

EGAS (Aparte al Rey.)
Señor, vuestra majestad
no se enternezca...

ALVAR (Aparte al Rey.) Señor,
forzoso es considerar
que aventuráis, por piadoso,
de todo el reino la paz.

REY Conjurados contra vos
todos mis reinos están.

INÉS Por cima está la justicia
de la pasión popular.

REY La voz es antes del pueblo
que la voz de la piedad,

y hoy el pueblo vuestra vida
pide...

INÉS ¿Y vos se la otorgáis?

(El Rey baja la cabeza sin contestar.)

¿Y me condenáis así?
¿Luego intentáis derramar
mi sangre? Dionís, Alonso,
á vuestro abuelo llegad
y pedidle de rodillas
que me quiera perdonar.

(Los niños se postran á los pies del Rey, que los levanta y acaricia enternecido.)

No siento, señor, no siento
esta desdicha presente,
sino porque Pedro ausente
tendrá mayor sentimiento;
antes viene á ser contento
en mí esta muerte homicida,
que perder por él la vida
no ha sido nada, señor,
porque ha mucho que mi amor
se la tenía ofrecida.
Sed piadoso, sed humano.
¿Cuál hombre por lo cortés
vió una mujer á sus pies
que no le diese una mano?
Atributo es soberano
de los reyes la clemencia;
tenga, pues, en mi sentencia
piedad vuestra majestad,
mirando mi soledad
y mirando mi inocencia.
No os digo tales afectos,
aunque es mi dolor tan fijo,
por mujer de vuestro hijo,
por madre de vuestros nietos,
sino porque hay dos sujetos
que muerto el uno ambos mueren,
pues si dos liras pusieren
sin disonancia ninguna,
herida sólo la una
suena esotra que no hieren.
¿Nunca, dí, llegaste á ver
una nube que hasta el cielo

sube amenazando al suelo
y entre el dudar y el temer,
irse á otra parte á verter
cesando la confusión
y no en su misma región?
Pues en Pedro esto ha de ser,
siendo nubes en su ser
son llanto en mi corazón.
¿No oiste de un delincuente
que por temor al castigo
llevando un niño consigo
subió á una torre eminente,
y que por el inocente
daba sustento forzoso
á entrambos el juez piadoso?
Pues yo á mi Pedro me así,
dadme vos la vida á mí,
porque no muera mi esposo.

REY — Vuestros hijos desde hoy
tendrán el favor real.

INÉS — A mis hijos, rey Alonso
me queréis arrebatar;
que me quitáis muchas veces
la vida considerad.

REY — Cuidad de ellos. (Al Condestable.)

COND. — ¡Qué desdicha!

(El Condestable se aparta con los niños, que el Rey le entrega. Inés trata de acercarse á ellos. Los guardias se interponen.)

INÉS — ¡Nunca! ¡Nunca! No será,
Dionís, Alonso, hijos míos;
no me los quitéis... ¡Atrás!...
¿Dónde vais sin vuestra madre?
¿No hay en los hombres piedad?
Y vosotros, caballeros,
prez y honor de Portugal,
recordad á vuestros hijos,
en vuestras madres pensad.
Los he criado á mis pechos,
he sentido palpitar
en mis entrañas su vida...
Ante vuestro Rey doblad
la rodilla, suplicadle.
vuestro ruego atenderá;

él es generoso, es grande...
No me oyen... ¡de perdenal
es su corazón! Señor,
¿por qué me queréis cerrar
la puerta para el perdón?
Mirad, Alonso, mirad
que los pobres hijos míos
sin su madre morirán.
Ahora, padre mío, ahora
bien os puedo así nombrar,
es tiempo de que mostréis
misericordia.

REY (Aparte.) (¡Jamás
pesó tanto mi corona!)
(Alto.) Doña Inés, no puedo hallar
modo para remediaros;
que es mi desventura tal,
que tengo ahora, aunque soy Rey,
limitada potestad.
(A Alvar y Egas.)
Que se cumpla lo mandado;
vamos.

INÉS Señor, escuchad.
¿A Coello y Alvar González
así me vais á entregar?...
Sea: mas á mis dos hijos
que los abrace dejad.
(El rey hace un ademán como consintiendo en lo que pide doña Inés, y ella se precipita sobre los dos niños, cubriéndolos de besos y caricias. El Rey vuelve el rostro para ocultar la emoción. El Condestable y los nobles se muestran conmovidos.)
Alonso, mi vida, hijo,
Dionís, venidme á abrazar.
¡Oh, frutos de mis amores,
mirad mis ojos, mirad
estos ojos que privados
de vuestra luz cegarán!
(Se abraza á ellos sollozando; después se aparta de los niños, dominándose con un penoso esfuerzo.)
Llevadlos.
(Cae desfallecida en un banco del jardín. Violante la atiende. El Condestable se lleva los niños.)
¡Oh, Pedro mío!

¿Dónde, mi señor estás?
¿Por qué te olvidas de mí?
¿Posible es que en tanto mal
me falte tu vista, Pedro?
¡Quién te pudiera avisar
del peligro en que afligida
doña Inés tu esposa está!

REY ¡Oh, nunca, ¡cielos! llegara
la sentencia á pronunciar,
pues si Inés pierde la vida
yo también me voy mortal!
(Vase el rey y parte del acompañamiento.)

ESCENA V

DOÑA INÉS, VIOLANTE, EGAS COELLO, ALVAR GONZÁLEZ, GUARDIAS

INÉS (Dirigiéndose al sitio por donde ha salido el Rey y con tono conminatorio.)
¡Rey Alonso, Rey Alonso,
no me quieres escuchar;
pero aquel que es Rey de reyes
mis justas quejas oirá!
En contra de la sentencia
que acabas de fulminar
apelo de tí al Supremo
y divino tribunal,
en donde de tu justicia
la causa se ha de juzgar.
(Los Guardias rodean á Inés. Egas y Alvar se acercan á ella.)
Nadie me toque; á morir
mis pasos me llevarán.
Alvar González, Coello,
á mi sepulcro guiad.
(Apoyada en Violante sube la gradería de la terraza seguida de los soldados, mientras cae el telón.)

MUTACIÓN

Gran salón en la quinta «Narciso de Mondego». Puertas laterales. En el fondo, gran arco con pesados tapices que se descorrerán cuando lo marque el diálogo.

ESCENA PRIMERA

EGAS COELLO y ALVAR GONZÁLEZ

EGAS — Envuelta en su sangre yace.
ALVAR — Se cumplió la real sentencia.
EGAS — El Rey sentenció, es verdad;
mas sobre nosotros pesa
de Inés la muerte.
ALVAR — Es culpable
el arquero, no la flecha.
Si hay culpa, es de don Alonso,
no la hay en nuestra obediencia.
EGAS — Esa sangre que vertimos
sobre nosotros gotea,
y temo que nos ahogue.
Aún en mi oído resuenan
los lamentos; aún parece
que su mirada postrera
está fija en mí; partamos,
que hasta las paredes estas
vengativas nos rechazan.
Vamos, don Alvar.
ALVAR — ¿Quién llega?

ESCENA II

DICHOS y DON NUÑO DE ALMEIDA. Nuño agitado y con el traje descompuesto y lleno de polvo.

NUÑO — ¡Orden del Rey!
ALVAR — ¿Qué sucede?
NUÑO — El Rey en su hora postrera
la sentencia ha revocado
que á Inés de Castro condena.
EGAS — ¿Qué decís?
ALVAR — ¿El Rey ha muerto?

NUÑO Por repentina dolencia
asaltado, apenas pudo
dictar en la hora suprema,
y á ruegos de doña Blanca,
el perdón de Inés.

EGAS ¡Funesta
celeridad!

ALVAR El mandato
que el Rey Alonso nos diera
se ejecutó.

NUÑO ¿Doña Inés...?

ALVAR De orden del Rey yace muerta.

NUÑO ¡Oh, tarde llegué! Temed
del Príncipe la violenta
cólera; temed también
del Condestable que llega
con doña Blanca, el castigo.

ALVAR Cumplimos órdenes regias.

NUÑO El Rey, según todos dicen,
se inclinaba á la clemencia,
y vuestros crueles consejos
le decidieron...

ALVAR Don Egas,
la muerte del Rey nos pierde;
ganaremos la frontera
de Castilla; vamos presto.
(Vanse don Alvar y don Egas.)

NUÑO ¡Cuán presurosos se alejan!
A dar iré antes que llegue
al Condestable, la nueva.
Mas ruido siento en los patios.
Ellos en la quinta entran.
(Vase por la puerta segundo término izquierda del actor. Queda sola la escena, y á poco sale el Príncipe por la derecha.)

ESCENA III

EL PRÍNCIPE

PRÍN. Cansado de esperar mi bien querido,
dejo el parque frondoso en que escondido
sin temor al peligro en que me empeño,

vine por ver á mi adorado dueño.
Como furtivo amante temeroso
hasta el balcón me acerco cuidadoso.
Sin verme el jardinero,
la balaustrada salto placentero;
que hasta siendo fingido,
es placentero el gusto prohibido.
Sin que á nadie en el huerto haya encon-
[trado,
llego al fin á la sala del estrado.
¡Ah de la casa!... ¡Nadie me responde!
¿En dónde está la servidumbre, en dónde?
¡Hola, Violante, Inés, Brito, criados!
¿Cómo no acuden por mi voz llamados?
O el asombro me ciega,
ó el Condestable aquí con Nuño llega.

ESCENA IV

CONDESTABLE, NUÑO y EL PRÍNCIPE

COND. ¡Válgame Dios!
NUÑO El Príncipe es sin duda.
COND. Yerta tengo la voz, la lengua muda.
PRÍN. Condestable, ¿qué es esto? ¿Qué hay de
[nuevo?
COND. Decidlo, Nuño, vos.
NUÑO Yo no me atrevo.
PRÍN. Decidme, ¿qué motiva dudas tantas?
COND. Deme tu majestad sus reales plantas.
PRÍN. ¿Majestad me llamáis?
COND. Señor, la Parca
cortó la vida al ínclito monarca.
PRÍN. ¿Que mi padre murió?
COND. Tan de repente
le sobrevino el último accidente,
y de suerte quedamos
que con haberlo visto lo dudamos.
PRÍN. Aunque con justo llanto
deba sentir haber perdido tanto,
es mayor sentimiento
que aumenta de mis penas el tormento,
el no haberme llamado
para verle morir; mas pues el hado

dispuso, ¡adversa suerte!
que no llegase al tiempo de su muerte,
en sus honras verán hoy sus vasallos
en cuanto en el dolor llega á pagallos,
excediendo el tormento de esta nueva
todo el dolor que á su memoria deba;
y pues mi Inés hermosa,
mi bien, mi enamorada y dulce esposa,
ya que al fin disipada la tormenta,
hoy su grandeza en Portugal ostenta,
ella en aqueste día
con su amor templará la pena mía.
Llamad á mi Inés bella.

COND. ¡Qué desdicha!

PRÍN. No se dilate, Nuño, tanta dicha;
llamad, llamad al punto á mi ángel bello.

COND. Sepa tu majestad que Egas Coello
y Alvar González, á Castilla han ido...

PRÍN. Sin duda mis enojos han temido;
Alcanzadlos, que quiero
ser piadoso, no airado y justiciero,
y á los pies de mi Inés, luego postrados
de mí y la Reina quedarán honrados.

NUÑO ¡Oh, desdichada suerte!

COND. Hoy recelo del Príncipe la muerte.
(Vanse Nuño y el Condestable.)

ESCENA V

EL PRÍNCIPE

PRÍN. ¡Oh, santo Dios! llegó por fin el día
en que puedo decir que Inés es mía.
El logro de este anhelo
mitiga las tristezas de mi duelo.
De mi padre en la muerte
tan sólo hallo consuelo de esta suerte...
¡Qué alegre y qué gozosa
el solio ocupará mi Inés hermosa,
y Portugal será en mi casamiento
todo fiestas, saraos y contento!
En público saldré con ella al lado;
un vestido bordado
de estrellas le hice hacer, siendo adivino,

porque conozcan viéndolo divino
que cuando la prefiero
si ellas estrellas son, ella es lucero.
¡Oh, cómo ya se tarda!
¡Qué pasión siente quien amante aguarda!
¿Cómo á hablarme no viene?
¿Mayores sentimientos me previene?
Á buscarla entraré, que tengo celos,
de que á verme no salgan sus dos cielos.
(Va á entrar por la puerta segundo término, cuando una voz canta dentro por el lado derecho, donde se supone que está el jardín.)

VOZ ¿Dónde vas el caballero,
dónde vas, triste de tí?
que la tu querida esposa
muerta está, que yo la ví.

PRÍN. Esa voz dolorida,
¿por qué me causa misteriosa herida?

VOZ Las señas que ella tenía
yo te las sabré decir.
Su garganta es de alabastro
y sus manos de marfil.

PRÍN. ¡Aguarda, voz funesta!
da á mis recelos y temor respuesta;
aguarda, espera, tente!...

ESCENA VI

LA INFANTA, de luto, acompañada de sus damas, de luto también. EL PRÍNCIPE

INF. Espera tú, señor, que brevemente
á tu real majestad decirle quiero
lo que cantó llorando el jardinero.

PRÍN. ¡Vos en la quinta de mi Inés, Infanta!

INF. Con razón mi presencia aquí os espanta.
Revístase señor, vuestra grandeza
de todo su valor y su entereza.
Yo, por golpes airados,
arroyos de coral ví desatados
de una garganta tan hermosa y bella
que mi lengua no puede encarecella,
pues su tersa blancura,

dechado fué de toda la hermosura...
¿Acaso no comprendes
lo que decirte quiero?... ¿Es que pretendes
quedar de sentimiento
por basa de su infausto monumento?
Murió tu bella Inés.

PRÍN. ¡Mi Inés! No es cierto.
Viva tiene que estar, pues que no he muerto.
¡Caballeros, hidalgos, hola, gente!
¡Qué horrible incertidumbre el alma siente!

ESCENA VII

DICHOS, CONDESTABLE, CRIADOS

COND. ¿Qué nos mandas, señor?

PRÍN. ¿Por qué espantados
ante mí se presentan mis criados?
¿Por qué sin dar respuestas á mi anhelo,
bajáis los ojos en señal de duelo?
¿En dónde está mi Inés; decid en dónde
aquella luz divina se me esconde?

COND. Señor, airada muerte de este suelo
cruel la arrebató.

PRÍN. ¡Válgame el cielo!
(Se deja caer en un sillón y solloza con la cabeza entre las manos.)

INF. El dolor le ha trastornado.

COND. Rey de Portugal, señor,
cese, cese ya el dolor
que el sentido os ha quitado;
si vuestra esposa ha faltado
no faltéis vos; id severo,
presuroso, airado y fiero
contra quien os ofendió;
quien amante os advirtió
os admire justiciero.

PRÍN. (Como volviendo en sí.)
Si Inés hermosa murió,
¿no fué por quererme? Sí.
¿Muriera mi Inés aquí
si no me quisiera? No.
Luego la causa soy yo

de la pena que le han dado.
¿Cómo, Pedro, desdichado,
si Inés murió, vivo quedas?
¿Cómo es posible que puedas
no morir desesperado?
Mi dulce bien, por mí ha sido,
por mí, que ciego te adoro
(de pena y cólera lloro)
la muerte que has padecido
sin haberla merecido.
¿Cuál fué la mano cruel
que de mi inocente Abel
(á pesar de mi sosiego)
bárbaro, atrevido y ciego
cortó el hermoso clavel?
¿Qué me detengo? Yo voy,
voy á ver mi hermoso bien.
¿Quién, ¡cielos divinos! quién
se ha olvidado de quién soy?
¿Cómo reportado estoy?
Aguarda, Inés celestial,
que también yo estoy mortal.
No te partas sin tu esposo,
que me dejarás quejoso
si no partimos el mal.

INF. ¿Dónde váis, señor?

PRÍN. A ver
á mi doña Inés hermosa,
á mi idolatrada esposa,
á la que reina ha de ser.

COND. Mirad que podéis perder
la vida, señor.

PRÍN. Dejad
que en sus brazos llegue á verme;
que no hago nada en perderme,
perdida ya su deidad.

ESCENA VIII

DICHOS, NUÑO

NUÑO Ya á Alvar González y Coello
presos trajeron, señor.

PRÍN. Mostrar quiero mi rigor
con los dos. ¡Ay, ángel bello!
Quisiera poder hacello
con esos dos inhumanos
matándolos con mis manos.
Sin que mi piedad inciten,
por las espaldas les quiten
los corazones villanos,
y para mayor tormento
procuren, si puede ser,
que los dos los puedan ver
antes que les falte aliento.
Y luego, para escarmiento,
con dos crueles arpones,
entre horror y confusiones
queden mil pedazos hechos.
¡Así pudiera en sus pechos
haber muchos corazones!
Voy ahora á ver mi Inés,

COND. Gran señor, no la veáis;
mirad que así aventuráis
la vida; vedla después.

PRÍN. ¿La vida para qué es
si faltando ella estoy muerto?
Verla quiero, pues advierto
que no puede ser mayor
mi tormento y mi dolor.

COND. Ya, gran señor, está abierto.
(El Condestable descorre las cortinas que cubren el arco del fondo, y aparece Inés muerta.)

PRÍN. ¿Posible es que hubo homicida
fiero, cruel y tirano
que con sacrílega mano
osó quitarte la vida?
¿Cómo es posible, ¡ay de mí!
cómo, cómo pudo ser
que quien á mí me dió el ser
te diera la muerte á tí?
Por su cuello ¡pena fiera!
corre la púrpura helada
en torrentes desatada.
¡Ay, doña Inés! ¡Quién pudiera
detener ese raudal,
dar vida á ese hermoso sol,

dar aliento á ese arrebol
y soldar ese cristal!
¡Ay mano, ya sin recelo
ser alabastro pudieras,
que hasta ahora no lo eras
porque te faltaba el hielo!
Ya faltó tu hermoso Abril,
y así piensa mi cuidado
Inés, que te has transformado
en estatua de marfil.
Si la vida te faltó,
tampoco Inés tengo vida,
pues mi hermosa luz perdida
no estoy menos muerto yo.
Nuño de Almeida á Violante
de mi parte le decid
que os entregue una corona
que yo á mi esposa le dí,
cuando me casé, en señal
de que reinara feliz
si viviera...

NUÑO Voy, señor. (Vase.)

PRÍN. Y que avancen hasta aquí
las banderas y estandartes
de Portugal. Advertir
vos, Condestable, que os mando
á doña Inés conducir
á Alcobaza con gran pompa
honrándome en ello á mí;
y porque yo así lo ordeno,
el camino haréis cubrir
de antorchas blancas que envidie
el sol mismo en su zenit,
todas diez y siete leguas;
que también lo hiciera así
si como son diez y siete
fueran diez y siete mil.
Y de mármoles preciosos
quiero un sepulcro erigir,
donde cuando muera, juntos
nuestros dos cuerpos allí
reposen.

(Nuño trae en un azafate la corona de oro y la presenta al Príncipe hincando la rodilla.)

¡Oh, su corona!

Abrid las puertas, abrid.

(Por las diferentes puertas de la escena, quedándodose en el umbral, aparecen gentes del pueblo. La Infanta y sus damas se arrodillan á un lado del arco donde está el cadáver de doña Inés. Al otro lado los nobles y el Condestable. Acaban de formar el cuadro arqueros y guardias, convenientemente colocados.)

Saludad á vuestra Reina.
De otra manera creí
que pudiera esta corona
tus sienes, Inés, ceñir...
Traed el estandarte, alférez;
todos los que estáis aquí
besad la difunta mano
de mi muerto serafín.
Yo mismo seré el Rey de armas.
¡Silencio, silencio, oíd!
Esta es mi esposa querida,
esta es la Reina infeliz
que mereció en Portugal
reinar después de morir.
¡Portugal por doña Inés!
¡Silencio, silencio, oíd!

(La Infanta, las damas, el Condestable y los nobles van desfilando delante del lecho mortuorio y besando la mano de doña Inés, mientras se oyen cada vez más lejos las voces de los heraldos que gritan.)

COND. ¡Portugal por doña Inés!
PRÍN. ¡Silencio, silencio, oíd! (Telón lento.)

FIN DEL DRAMA

University of British Columbia Library

DUE DATE

JAN 23 1970

JAN 22 RECD

FORM 310

UNIVERSITY OF B.C. LIBRARY
3 9424 02072 4602

DISCARD